

ensayos obligando a los jóvenes cantantes a repetir cada número tantas veces cuantas era necesario para lograr que la ejecución fuera perfecta. De tal modo, cada noche de ensayo teníamos una agradabilísima reunión de arte.

Algunos días después, "*Un Baile de Máscaras*", por un grupo de señoritas y caballeros aficionados, se llevó a escena en uno de los principales teatros de México, y el éxito fué tan completo, tan franco, que la obra hubo de ponerse una vez más, a petición de los numerosos admiradores que tuvieron oportunidad de asistir a la primera representación.

Aquel triunfo se debió sin duda, y principalmente, al maestro Aragón, que supo comunicar su entusiasmo a los distinguidos ejecutantes; que les infundió el poderoso anhelo del éxito; que noche a noche los dirigió señalando errores y aplaudiendo bellezas, y que sin mostrar cansancio alguno, llevó la obra a escena con maestría envidiable.

.....

Después, y de tiempo en tiempo, he tenido oportunidad de admirar al incansable maestro. Frecuentemente suele reunirse en torno de él ese valioso grupo de cantantes mexicanos que, a despecho de la indiferencia de nuestro público, se esfuerza por sostener en la metrópoli alguna compañía de ópera. Aragón es casi siempre quien dirige a ese grupo; quien lo entusiasma y lo estimula; quien lucha con él, y quien lo lleva al éxito que es la gloria del artista.

Aragón se siente feliz viviendo en una atmósfera de arte. Y es que es artista de corazón, que siente la grandeza de ese arte, que ama lo bello y lo busca.

Aragón ha escuchado en su vida muchos aplausos; es uno de los mejores maestros musicales de México, y, sin embargo, no domina en él vanidad ninguna. Es modesto, sencillo, y esto hace que sea mayor la simpatía que inspira. Con todo gusto le dedico estas líneas, tanto más sinceras y espontáneas, cuanto que mi entusiasmo artístico y mi admiración es lo único que las dicta.

